

ÁNGEL VIÑAS, (Ed.): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*; Pasado y Presente, Barcelona, 2012, 973 págs.

Una faja roja envuelve la sobrecubierta encarnada del volumen coordinado por Ángel Viñas, *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, que publicó en 2012 la editorial Pasado y Presente, dirigida por Gonzalo Pontón. En letras blancas de considerable tamaño, una leyenda cubre buena parte de la roja tira de papel: «Contradiccionario». La obra surge y está pensada como una respuesta a algunas voces del poco afortunado *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia; se trata, en palabras de Ángel Viñas, de una «respuesta científica a tal provocación» (p. 15). La idea de diccionario es, evidentemente, oportuna y oportunista, y se explica por la actualidad y las polémicas. Al final del volumen se introduce un índice alfabético de grandes cuestiones. Al margen de esta concesión, estamos en realidad ante un manual de historia bastante clásico de la Segunda República, la Guerra Civil y el Franquismo en España, organizado por periodos y subcapítulos temáticos, más un apartado final de pequeñas biografías de los personajes principales de la época, los denominados «grandes actores». Sobresalen, como el coordinador avisa en la presentación, las cuestiones políticas, institucionales, culturales y militares. Es una opción legítima, que tiene su justificación en el hecho de que es en estos campos, según Viñas, en donde «las controversias públicas son más intensas y muchas de las entradas del diccionario de la RAH más sesgadas o erróneas» (p. 15). Los artículos, con pocas excepciones, son de una calidad alta y corrección más que evidente. Cada bloque está encabezado por una cita del general Francisco Franco, un personaje que es parte muy destacada del periodo que se trata, además de sobrevolar, en tanto que fantasma, el producto desde su concepción. Las tres partes cronológicas más la biográfica están precedidas por un muy interesante ensayo general sobre cultura y política entre 1931 y 1975, escrito por José-Carlos Mainer.

Estos conjuntos de aportaciones, que suman en total cincuenta y cuatro textos, se encuentran emparejados entre una presentación de Ángel Viñas y un epílogo bífido, compuesto por un artículo de Alberto Reig Tapia —«La pervivencia de los mitos franquistas»— y por otro de este mismo autor y de Ángel Viñas, titulado «Residuos y derivaciones franquistas: unos ejemplos». Del manual pasamos, en estos tres escritos, a la prosa militante y a las advertencias a todo desviacionismo de una supuestamente consensuada historiografía ortodoxa, llamada confusamente «crítica» en varios pasajes de la obra. El historiador se convierte, entonces, en combatiente de la historia, como bien refleja el título del volumen, en distorsionada copia del clásico de Lucien Febvre. Hágase la prueba comparando los textos citados de Viñas con los que él mismo redacta sobre los apoyos exteriores en la guerra de 1936-1939 o sobre el plan de estabilización franquista. No parecen elaborados por la misma persona. El historiador de guardia ocasional, que avisa sobre lo que se puede decir o no —en

una excelente reseña de este volumen en el diario *El País*, Jorge M. Reverte habló de las líneas rojas de la corrección política—, oscurece al riguroso y siempre interesante historiador de la España del siglo XX. Una pena. Habría que preguntar a los autores de los artículos si conocían y eran conscientes de esta característica de la obra. Me imagino que no en muchos casos.

El primero de los bloques, «La República», está compuesto por ocho artículos. Paul Preston se ocupa, en los dos primeros, de los años 1931 a 1936, mientras que Josep Fontana nos ilustra sobre el Frente Popular, con la no disimulada intención de convencer al lector —y dejar que saque las conclusiones lógicas para lo que vino a continuación y reparta culpas y responsabilidades en consecuencia— de que la experiencia de gobierno que se abrió tras las elecciones de febrero de 1936 fue «harto moderada» (p. 97). Ricardo Robledo trata del latifundio y de la reforma agraria. De las conspiraciones contra la República se ocupa Eduardo González Calleja. Este mismo autor dedica un capítulo a las derechas, el añorado Julio Aróstegui a los socialistas y Julián Casanova a los anarquistas. Todos los temas son pertinentes, pero se echan en falta algunas entradas específicas sobre aspectos básicos: la cuestión nacional, los nacionalismos y los Estatutos de Autonomía, por ejemplo, o bien octubre de 1934, o bien las reformas militares o en el terreno de la educación, que fueron fundamentales en la década de los treinta. Las razones que impulsan a convertir este bloque en el más escuchimizado no son casuales y tienen que ver, en mi opinión, con la voluntad de presentar la Segunda República como un preámbulo claramente diferenciable y autónomo frente a una fase posterior coherente y compacta que se inicia en 1936 y termina en 1975. Como se afirma en la introducción, «establecer como periodo de unidad histórica el «binomio» República-guerra civil es una falacia, por mucho que los manuales escolares sigan haciendo hincapié en ello. La unidad histórica básica es el binomio guerra civil-dictadura» (p. 17). Tiene razón Viñas en la primera frase; la segunda, en cambio, es tan o tan poco falaciosa como la que se pretende combatir. La muestra más clara de ello es el juego de intersecciones temporales del momento. Mientras que la Segunda República se alarga hasta 1939 en algunas partes de España, el franquismo empieza en otras en 1936. La República continúa en la guerra fratricida y en esta surge, al mismo tiempo, la dictadura del general Franco. Los decenios de 1930, 1940 y 1950 forman parte, en España, de la misma época. El cambio fundamental, en la historia del siglo XX, no se produce ni en 1936 ni en 1939, sino en 1931 y en la década de los sesenta. Para darse cuenta de ello únicamente debe intentar dejarse a un lado una visión exclusivamente política, *événementielle* como diría el ya citado Febvre, para analizar el pasado con una mirada global que no se olvide ni de la economía, ni de la cultura, ni de la sociedad. Unas dosis de desideologización y de no presentismo, sin duda, pueden ayudar. Los decenios centrales del siglo XX constituyen una etapa de notable coherencia, sensiblemente distinta tanto de la anterior como de la posterior, pese a la continuidad del régimen dictatorial, que no debe ser considera-

do como un bloque sin evoluciones y transformaciones. En fin de cuentas, aislar la Segunda República de la guerra civil y del primer franquismo no tiene, desde mi particular punto de vista, demasiado sentido.

En la segunda parte del libro, «La guerra civil», la más corta desde un punto de vista cronológico, pero la más extensa en número de contribuciones, se reúnen un total de veinte textos. Juan Carlos Losada firma el primero, dedicado a la sublevación militar del 18 de julio, y Fernando Puell de la Villa el segundo, sobre las operaciones militares. Enrique Moradiellos trata de la no intervención, Josep Puigsech de la presencia militar y diplomática soviética en España y Ángel Viñas, como se ha comentado más arriba, de los apoyos exteriores a los dos bandos en conflicto. De las Brigadas internacionales se ocupa Matilde Eiroa. José Luis Martín es autor de un par de artículos: uno sobre la rebelión anarquista de mayo de 1937 y otro sobre la evolución política en la zona republicana. A este último tema, pero en la zona sublevada o «nacional», dedica unas sólidas páginas Ferran Gallego. Carlos Barciela trata, a continuación, del final de la reforma agraria. Los ejércitos republicano y franquista son analizados, respectivamente, por José Andrés Rojo y por el ya citado Juan Carlos Losada. Del socialismo y del anarquismo en la Guerra civil española se ocupan, como ocurría en el primer bloque del libro, Aróstegui y Casanova. Complementan estas aproximaciones sendos artículos de Fernando Hernández Sánchez sobre los comunistas y de Josep Sánchez Cervelló sobre los nacionalismos periféricos. No se acaba de entender la lógica según la cual socialistas, comunistas, anarquistas y nacionalistas catalanes y vascos merecen aquí capítulos específicos y no los falangistas o los carlistas. Pero sigamos ahora con las contribuciones de esta parte. De las cuatro restantes, una tiene como objeto la Iglesia, obra de Hilari Ragner —curiosamente pasa por encima de la persecución religiosa, casi disculpándose por tocar el tema y recordando que la otra represión fue más cuantiosa y más culpable (¿eso exime realmente, me pregunto, de tratar el tema?)—; otra, el golpe de Casado, escrita por Hernández Sánchez; la tercera, la violencia y sus mitos, firmada por Francisco Espinosa y José Luis Ledesma; y la última, elaborada por Sánchez Cervelló, el exilio republicano de 1936 a 1977. Aunque resulte algo sorprendente en Ledesma y habitual en Espinosa, su capítulo incorpora en muchos pasajes el estilo militante de la presentación y el epílogo, más preocupados en atribuir más muertos y más maldad a los considerados malos, en un perverso juego del «y tú más», que en ofrecer explicaciones convincentes sobre la violencia en los campos enfrentados en una guerra civil.

Del Franquismo se ocupan, en la tercera de las partes, trece de los trabajos compilados en el volumen. Glicerio Sánchez Recio estudia la construcción del nuevo Estado, mientras que Puell de la Villa analiza los ejércitos del Franquismo. Al nacionalcatolicismo dedica unas páginas Ragner y Joan Maria Thomàs otras a la Falange, en las que parte de la unificación de abril de 1937 y el nacimiento de FET y de las JONS. Gutmaro Gómez Bravo se ocupa de la política represiva del franquismo entre 1939 y 1948. Carlos Collado Seidel trata del

papel de España en la Segunda Guerra Mundial, Xavier Moreno Juliá de la División Azul y Jorge Marco de la resistencia armada antifascista. La autarquía y el mercado negro, por un lado, y, de otro, el plan de estabilización y la liberalización en el régimen franquista, son estudiados, respectivamente, por los ya citados Barciela y Viñas. Finalmente, Antonio Elorza escribe sobre los años sesenta y el desarrollismo y Pere Ysàs sobre el denominado tardofranquismo. Estos dos capítulos finales abonan implícita y plenamente la idea que he expresado más arriba sobre el inicio de una nueva etapa que supone la década de 1960 —lo que no significa, como en la metáfora del autobús de Eric J. Hobsbawm, que todo el interior y todos los pasajeros sean nuevos—.

El último de los bloques de este volumen, con el título de «Los grandes actores», consta de una docena de pequeñas biografías, ordenadas alfabéticamente: José Antonio Aguirre (Ludger Mees), Manuel Azaña (Paul Preston), Lluís Companys (Josep Sánchez Cervelló), Francisco Franco (Preston), Dolores Ibárruri «Pasionaria» y Santiago Carrillo (Fernando Hernández Sánchez), Francisco Largo Caballero (Julio Aróstegui), Emilio Mola (Juan Carlos Losada), Juan Negrín (Ricardo Miralles), Indalecio Prieto (Ricardo Miralles), José Antonio Primo de Rivera (Joan Maria Thomàs), Vicente Rojo (José Andrés Rojo) y Ramón Serrano Suñer (Preston). Toda selección es subjetiva y siempre se echa en falta a alguien en una lista de nombres. Se me ocurren, no obstante, algunos interrogantes: ¿por qué Serrano Suñer sí y no Carrero Blanco?, ¿por qué Largo Caballero sí y no Lerroux?, ¿por qué Azaña sí y no Alcalá Zamora?, ¿por qué Prieto sí y no Gil Robles? Sea como fuere, no se les puede quitar importancia a los personajes biografiados. Supongo que si bien no están todos los que son, sí son todos los que están.

Al margen de posibles ausencias y de alguna que otra afirmación —o silencio— de flagrante tendenciosidad, *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo* constituye un libro interesante y útil. Participan en él tres generaciones de historiadores, con mucha investigación y trabajo a sus espaldas. El problema, como ya he avanzado más arriba, es que estas contribuciones se ven desmerecidas por un envoltorio y presentación de historia militante y combatiente. Un digno manual de historia española entre 1931 y 1975 se acaba convirtiendo, desafortunadamente, en un manual de combate. Un par de obsesiones merecen ser destacadas. En primer lugar, la necesidad de presentar al franquismo como lo peor de lo peor. Volvemos al «y tú más». Fue, según se nos dice, mucho más cruel y mortífero que el nazismo en Alemania y que el fascismo italiano, y solamente comparable con el estalinismo en la URSS. En una clasificación de regímenes sanguinarios, «creo aceptable afirmar», escribe Ángel Viñas, tras unos cálculos más que discutibles en los que los millones de muertos del Holocausto se contabilizan como víctimas de guerra y se excluyen de la comparación, «que a la dictadura franquista solo le sobrepasó, eso sí, a considerable distancia, la soviética» (p. 22). La otra consiste en ver «autores neo-franquistas y anti-republicanos» (p. 17) en todas

partes, auxiliados por «los denominados «revisionistas»» (p. 919) —en la mayoría de los casos no se citan nombres, excepto al incómodo Julius Ruiz— y empeñados en contradecir a los verdaderos y sufridos «profesionales de la historia» (p. 941). Seguir hablando de los disparates de Pío Moa y compañía resulta ya cansino. Parece que ahora se ha puesto de moda también el acusar de revisionistas a los historiadores que critican unas determinadas visiones de la historia de España que han sido dominantes durante bastante tiempo. Fernando del Rey escribió un excelente artículo sobre esta cuestión en la revista *Historia Social*, en 2012. Si revisionismo es revisar y criticar lo que otros han afirmado, bienvenido sea. El oficio del historiador no consiste en otra cosa. Me parece, en cualquier caso, que algunos autores españoles ven a mucho franquista y neofranquismo por doquier, en una actitud que demuestra sobre todo la dificultad de pensar la realidad sin las viejas muletas del antifranquismo militante. El supuestamente franquismo enraizado de hoy solamente se encuentra en la cabeza de sus debedadores. Pensar el presente con las claves del pasado más o menos reciente resulta una cómoda manera de evitar comprender su complejidad propia y diferenciada. Y esta es, en definitiva, aunque pueda pesarles a personas que hacen gala con profusión de progresismo e izquierdismo, una actitud intelectual profundamente conservadora.

Jordi Canal

EHESS, París

NICHOLAS WAPSHOTT (Ed.): *Keynes vs Hayek. El choque que definió la economía moderna*; Ed. Deusto, Barcelona, 2013, 400 págs.

Con lo mucho que se ha escrito y debatido sobre las ideas de John Maynard Keynes y Friedrich Hayek, cabe hacerse una primera pregunta a propósito de este libro: ¿Qué puede aportar Nicholas Wapshott? Para empezar, hay que reconocerle haber elegido un buen momento para publicar un trabajo que intenta responder a las preguntas que mucha gente se hace sobre la naturaleza de la crisis económica reciente, empezando por la más simple de: «¿quién tenía razón, Keynes o Hayek?».

El libro no responde tajante y sagazmente a la pregunta sobre quién estaba equivocado; y el lector se da cuenta, pronto, que el autor es, básicamente, un keynesiano. Pero logra al menos dos cosas importantes que, a mi juicio, lo sitúan en un terreno en el que cobra cierto interés académico: las principales respuestas de ambos economistas a los interrogantes principales sobre el funcionamiento de la economía de libre mercado y el buen gobierno se analizan en una clave biográfica que está bastante bien lograda; y con el añadido nada desdeñable (y esta sería el segundo punto) de hacer ese análisis en un plano de continua comparación. No en vano, Keynes y Hayek vivieron y elaboraron una